



LIBRO TERCERO

I

CÓMO EL HARÉN ABANDONADO ARBOLÓ EL ESTANDARTE DE LA REBELIÓN.

¿Por qué se avergonzaría
el hombre de enseñar una
parte del cuerpo más bien
que otra?

WESTERMARCK.

Buena gritería se armó en el harén
cuando, á eso de medio día, acudió la
Señora Perchuca, camarera mayor, á
anunciar que el Rey estaba de viaje.

— ¿De viaje? Eso es que está enfermo, dijo una voz irreverenciosa.

— Por fortuna, la salud de Su Majestad es floreciente, contestó la anciana señora inclinando su gorro negro. Y quiera Dios que lo sea por mucho tiempo.

— Pero, ¿por qué se va? Nos lo han cambiado.

— ¡Ah! gritó Diana la Copetuda, se ha marchado con una mujer!

La Señora Perchuca, con los codos ceñidos al cuerpo, alzó las manos y los ojos.

— ¡Un adulterio, Señor! ¿Qué estáis diciendo, señoras? El Rey es incapaz de tal depravación respecto de Vuestras Majestades. Ha salido de palacio con objeto de averiguar el paradero de Su Alteza la Princesa Alina, que tan misteriosamente desapareció antes de ayer. Cuarenta guardias le preceden. Un paje le sigue. El Señor Taxis le acompaña.

Al oír estas palabras, el tumulto adquirió serias proporciones.

— ¡Taxis se ha marchado! ¡Ya no hay Taxis que valga! repetían trescientas voces delirantes.

— Pues entonces, estamos de vacaciones, dijo la Reina Guisela, recién salida del colegio.

— ¡Á los jardines! ¡Á los jardines! gritaban.

— ¡No, al Teatro! Representaremos charadas.

— ¡Á la Sala de Fiestas!

— ¡Al Cuartel de los Pajes!

Espantada, la Señora Perchuca se precipitó hacia la puerta cerrando el paso con su flaco cuerpo.

— ¡Señoras, señoras! ¡qué petulancia, qué desvarío!

— Déjeme pasar, buena Perchuca.

— Imposible.

— ¿Por qué?

— Porque el señor Taxis se ha dignado transmitirme los deberes de su cargo al mismo tiempo que su responsabilidad... Os suplico, señoras, que os deis cuenta de mi emoción. Si me muestran indigna de la confianza que me demuestran, me quitarían el puesto que ocupo á vuestros pies. Me vería arrojada de palacio, degradada, quizá desterrada...

— ¡Mejor que mejor! le contestaron. Perchuca, ya no la conocemos á usted. Puesto que sustituye usted á Taxis, es usted la última de las bribonas, y va usted á pagar por él.

De en medio de la sala, gritaron :

— ¡Escuchad!
 — Pido la palabra, decía una alegre
 vocecita.
 Y, por encima de la alfombra negra y



amarilla y roja
 que formaban las
 hacinadas cabe-
 zas de las muje-
 res, distinguié-
 ronse las formas
 infantiles de la
 futura Reina Qui-
 quita á quien sus
 compañeras tra-
 taban como á her-
 mana menor, y á
 quien el Rey no quería conocer en edad
 en que ella misma lo permitiera.

Á caballo sobre la tibia nuca de su
 gran amiga Alberta, y cruzando sus dos

flautas sobre senos que ella envidiaba,
 alzaba su mano derecha haciendo chas-
 car un dedo contra otro.

— ¡La palabra! ¡Pido la palabra!
 — ¡La palabra á Quiquita! concedió
 la asamblea.

La rodearon.

— Amigas mías, gritó, nos tratan cual
 si fuéramos unas chiquillas...

— ¡Eso es vergonzoso!

— Cuando nos sacaron, pobres ino-
 centes, de nuestros internados, creímos
 que era para libertarnos; pero no hemos
 hecho sino cambiar de presidio.

— ¡Cierto!

— Cárcel por cárcel, prefiero la pri-
 mera. Allá, nos daban deberes que ha-
 cer; pero, como no los hacíamos, resul-
 taba más agradable la broma. Allá,
 nos prohibían jugar al marido en los
 dormitorios... pero, como no obedecía-
 mos...

— ¡Que sí, que sí, que aquello era
 mejor!

— Allá, sobre todo, teníamos días de
 salida, vacaciones chicas y grandes, en
 tanto que, aquí, pasamos nuestra vida
 llorando un encierro que no hemos me-
 recido.

— ¡Eso es injusto! tiene razón.

— Bueno, pues esta situación no puede durar. Cuando una de nosotras pide por casualidad permiso para pasar un día fuera, la contestación es siempre la misma: el repudio ó la cadena. Decláramonos en huelga, y veremos si el Rey repudia á trescientas sesenta y seis mujeres como nosotras...

Unánimemente, fué votada la huelga; pero Quiquita no había terminado. Erguida sobre la Reina Alberta á quien iba dirigida parte de los « bravos », repuso con elocuente ademán:

— Perchuca, ¿quiere usted dejarnos pasar?

— No puedo... no puedo... repitió la anciana, erizada de temores.

— Pues pasaremos de todas maneras, pero antes recibirá usted un severo castigo, vieja cigüeña. La colgaremos á usted de una pata á la estatua de la pila, con las faldas sobre la cara para ocultar su confusión, y nos apoderaremos de su pantalón blanco de usted como estandarte de la rebelión.

La señora Perchuca fué heroica.

— ¿Víctima de mi deber? Acepto. Heme aquí. Me moriré de vergüenza, pero no

en vano habrá el Sr Taxis descansado su confianza sobre mi anciana cabeza.

Algunas mujeres de las más jóvenes hubiesen querido que se ahorrara á la pobre abuela un trato tan desprovisto del respeto debido á las personas de edad; pero las muchedumbres y los niños son implacables.

En medio de un creciente tumulto fué en efecto colgada la Sra Perchuca del pie izquierdo á la estatuita central; en seguida su falda negra cubrió su cara apoplética; y su venerable pantalón bajó la escalera principal, sujeto en la punta de una alabarda. en tanto que, detrás de él, una turba sonrosada taconeaba en las cien gradas sonoras.

Mas, cuando aquélla batahola, que no cesaba de gritar, llegó á la puerta de honor, Taxis estaba en el umbral, y un brusco silencio dimanó de su mirada sobre aquella turba de repente parada.

— ¿Qué significa esto? chilló.

Y no fué necesario más. En el acto, disperso por las salas, huyendo por los pasillos, atropellándose hasta lo alto de la escalera, el ejército se dejó barrer por

la tormenta de la derrota. Apenas siete ú ocho mujeres, aquellas que en las circunstancias graves las tenían tiesas con el Eunuco Mayor, quedaron valientemente en su puesto; y pagaron por las demás, cosa que no las pilló de susto.

Sacó Taxis de su bolsillo un grasiento cuaderno de apuntes, y dijo :

— Anoto algunos nombres. Vos, señora. Y vos. Y vos. Estas serán castigadas por las demás. Presentaré al Rey un informe implacable que no tardará en ser sancionado por Su Majestad.

Mientras, Diana la Copetuda, en vez de perder tiempo en discutir con semejante individuo, hablase aprovechado del trastorno general para ganar una pieza vecina, interrogar á una criada, saber que Taxis había regresado solo, que el Rey no se había movido de la primera casa de la aldea, y, en el acto, corriendo á las caballerizas que ya no tenían guardias, tomó, para huir, la montura de sus paseos.

Apenas si comenzaba Taxis sus pesquisas en el harén, y ya la joven Reina estaba en camino sobre su camello.

II

EN QUE ESTÁ EN ESCENA EL SEÑOR LEBIRBE, Y EN QUE FILIS ARROJA UN GRITITO.

Una con sus ojos verdes
sonríe, se alza y me mira.

SAINT-AMANT.

Seguía Gilillo con aguda mirada la carga de los cuarenta guardias hacia el olivar, cuando un anciano esbelto, y cortés se descubrió según antigua usanza ante la gorra y el jubón azul.

— Señor, preguntó, ¿ sois paje del Rey?

— Caballero, me cabe tan insigne honra.

— Muy bien. Soy el señor Lebirbe, presidente de la *Liga contra la licencia de los interiores*, reconocida de utilidad pública por real decreto de 1º de julio de 1899. Habito una casa vecina á la que suelen llamar el castillo del pueblo, menos por su importancia que por comparación con la humildad de los edificios

circunvecinos. Tal morada no es ciertamente digna de dar asilo á mi soberano, pero he sabido que Su Majestad, de camino hacia su capital, estaba haciendo alto no lejos de aquí; veo que se hace tarde, dudo que quiera el Rey ponerse de nuevo en camino á semejante hora, y, sin tener la temeridad de dirigirle una invitación, quisiera no obstante hacer llegar á su conocimiento que todo está listo bajo mi techo para recibirle á él y á su séquito, caso de que se dignara pasar la noche en mi casa. Las piezas que me atrevería á ofrecerle esperan, desde su origen, con el nombre de « Habitaciones del Rey », la visita eventual que me complazco en prever, sabedor de que el Rey Pausole teme las largas etapas, y por hallarse mi morada á medio camino entre su palacio y Trifema...

— ¿Tiene usted hijas, caballero? interrumpió Gilillo.

— Sí, señor... ¿Puedo preguntar el por qué de tal pregunta?...

— Esa es la señal, es la garantía de una casa altamente respetable y decente, señor Lebirbe. No lo entiendo de otra manera.

Y, con familiaridad que fué tenida por

benevolencia, tomó el brazo izquierdo del anciano, y dijo :

— Condúzcame usted. Llega usted en el momento oportuno en que, por orden del Rey, tengo que prepararle un lugar de descanso.

Seguro de que todo lo ha preparado usted lo mejor del mundo, voy sin em-



bargo á acompañarle, á fin de presentar personalmente, á mi regreso, el informe que se espera de mi vigilancia.

Entraban por la verja del patio en momento en que Gilillo acababa de articular su frase, la cual hizo excelente impresión en el ánimo del señor Lebirbe.

En las primeras gradas de la entrada la señora de Lebirbe y sus dos hijas esperaban, con ansia, noticias.

— ¿Y qué?

— Estoy esperanzado. Este joven señor es paje del Rey y viene á darse cuenta de nuestros esfuerzos.

Después de haber presentado así á su joven compañero, el anciano nombró á turno á su mujer, luego á su hija mayor, Galatea, y por fin á la menor, Filis, quien apartaba la cabeza con modestia, pero sin dejar de mirar con el rabillo del ojo, por curiosidad.

Galatea era alta y de formas alargadas. Parecía tener algo más de veinte años. Su cabello, de un rubio claro, formaba un peinado apretado, pero no sin gusto; llevaba un vestido de tela gris, muy escotado, y su actitud era un tanto rígida.

Tímidamente agarrada de su brazo, Filis ofrecía con su hermana el contraste de estar desnuda — á menos que se considerara como elementos de traje su amplio sombrero de jardín, su cabellera flotando sobre la espalda, y su cintura de muaré escarlata, cerrada en un lado por un enorme lazo. Sus hermosos ojos no podían tener arriba de quince años. Su pecho, que desde hacía poco había dado sus flores naturales, ostentaba dos senos divergentes, sonrosados por la turbación

y por el placer. No apartaba sus miradas de Gilillo.

— ¿Quiere usted permitirme que le preceda? dijo el Sr. Lebirbe inclinándose de nuevo.

— Sí, caballero, contestó Gil.

En el recodo de un estrecho pasillo, el paje, que iba detrás de todos, pasó ambas manos bajo los brazos de la señorita Filis, y, atrayéndola hacia su pecho, le puso un beso silencioso, pero exquisito, detrás de la oreja.

— ¡Ah! gritó la joven.

— ¿Te has hecho daño? preguntó su padre.

— Me he picado. No es nada. No te detengas.

En aquel momento concibió Gilillo favorabilísima opinión de cuanto había sido preparado para recibir al Rey Pausole. Decidió que el cuarto era suntuoso, la cama verdaderamente regia, el reloj de gran estilo, y los cuadros dignos de un museo.

Para demostrar aún más directa simpatía hacia la familia de sus huéspedes, extendió su investigación hasta las habitaciones privadas, y se dió cuenta de que los cuartos de las dos jóvenes estaban

alejados uno de otro y provistos de dobles puertas, cosa que no se atreviera á esperar.

Visto esto, su opinión fué inquebrantable.

— Voy á decirle al Rey que en ningún sitio podría encontrar recepción más digna que en su hogar de usted, señor Lebirbe.

Y, dicho esto, se retiró, seguido de una irradiación de sonrisas.

III

EN QUE SE DESCUBRE UN CRIMEN HORRIBLE

Quedé tendida sobre la hierba, privada de todas mis facultades y ardiendo de mil deseos.

CONDESA DE CHOISEUL-
MEUSE. — 1807.

El diminuto seno izquierdo de Filis estaba tan henchido de poesía, que Gilillo, solo en el camino, se sintió armonioso como un alejandrino.

— Dispongo de cinco minutos, se dijo.

Justo el tiempo necesario para hacer un soneto.

Y, sin perder un instante en buscar un asunto de poema, cosa que siempre descuidó, alzó rápidamente los ojos hacia sus amigas las estrellas.

Al oeste, Venus, perla marina, brillante como un fragmento de la luna y tal como se la contempla en las puras noches del Sur, resplandecía. Delante de ella, en un arco de círculo del que formaba ella el lejano centro, Sirio, Pólux, Cástor, la doble Cabra y el triple Perseo parecían gravitar en torno de su luz. Y Gilillo, imaginando líneas misteriosas del planeta á las estrellas, decidió que haría primero, con aquella girándula celeste, un abanico adornado de nueve piedras (esto para el primer terceto), y luego las ocho palomas que arrastran el carro de Afrodita Urania (esto para el décimo-cuarto verso).

Después se puso á buscar las rimas.

Pero, de repente, exclamó:

— ¿Qué es eso? ¿qué quiere usted?

Dos bracitos desnudos se alzaban ante él.

— Soy yo... Rosina... No entre usted...

creo que quieren matarle á usted, en la alquería.

Reconoció á la joven cuyas flores y cuyos frutos había él cantado sobre un canapé de jardín, en una sala toda roja de fresas.

— ¿Quieren matarme? ¿Y, quién? preguntó Gil con serena curiosidad.

— Todo el mundo, contestó Rosina. Han ocurrido cosas espantosas, y todas se las achacan á usted. Venga aquí, detrás de las palmeras; ya le contaré. Siéntese á mi lado.

Quería el paje no manchar su calzón anarillo, y por eso no le tentó el asiento de hierba que le ofrecían. Esperó á que Rosina se sentara; luego se colocó él confortablemente sobre los robustos muslos de la jardinera y le pasó el brazo alrededor del cuello con fingido ademán de ternura.

— Vaya, cuéntame. ¿Qué ha ocurrido?

Le dijo ella lo que había, pero todo de un golpe, y sin cuidarse demasiado de la hermosa claridad francesa, la cual ocupaba poco sitio en sus teorías literarias.

Habían llevado un camello, saqueado la pieza en que estaban las máquinas,

roto las segadoras, estropeado herramientas, partido ladrillos y hundido el suelo...: en fin, una catástrofe. También la lechería daba lástima verla: leche por el suelo, cántaros que faltaban. Sobre el camello había una hermosa dama, una muy hermosa dama en un gran cesto como un cenador, con alfombras.

— Halló á Nicolasa sobre las rodillas del Rey. Colasa jura que no había ocurrido nada, pero la dama dice que ella ha visto lo contrario... En fin, que la cosa no está clara. Muy capaz de eso es la muchacha. Sabe mucho, esa chiquilla, siempre está metida en los libros, y cuenta historias de amor como si le hubiesen ocurrido á ella... Tan pronto como entró la dama, se puso furiosa como un demonio, y también el Rey, y todo el mundo gritaba. La cosa tenía qué ver y qué entender... Jamás se ha oído cosa igual... Y, lo peor, es que hay una víctima: ¡la lechera ha sido asesinada!

— ¿Asesinada? repitió Gil palideciendo un poco.

— Asesinada.

Y, como campesina vecina de una capital, que lee su periodiquito todas las mañanas, añadió:

— El robo ha sido el móvil del crimen.

— ¿Qué historia es esa que me estás contando?

— ¡Ah señor mío, cuánta gente mala hay! Para robarle cuatro prendas han asesinado á esa pobre muchacha : justo un pañuelo, una toquilla, una falda de invierno y un sombrero. La habían oído quejarse hacia la caída del día, pero nadie se atrevió á subir. El señor de palacio es el primero que ha subido, el mismo que ha encerrado á la dama...

— ¡Que me mareo! gimió Gilillo.

¿Qué dama? ¿qué señor de palacio?

— Un señor todo de negro con un sombrero chato.

— ¿Cuándo llegó?

— En lo más recio de la batalla. Todo lo calmó en cinco minutos. Es un ministro, dicen, un hombre que parece muy serio. Sin él, jamás se consiguiera sujetarla.

— ¿Sujetar á quién?

— Á la dama. La ha encerrado en el cuarto del pan, con una bujía y un librote como un breviario, para consolarla, según ha dicho. Entonces, cuando todo quedó terminado, vinieron á contarle que la lechería estaba trastornada. Pregunté

por la lechera. En ningún sitio parecía, y nadie se atrevía á subir á su cuarto, por aquello de los gemidos que se habían oído. Pero él no se ha asustado por eso. Se fué derecho al cuarto. Y, ¿qué es lo que vió? Parece ser que la han matado en su propia cama. La mitad de los sába-



nas está en el suelo, y lo demás está lleno de sangre. El crimen es flagrante, según él ha dicho. Y no se ha podido encontrar el cuerpo. Lo probable es que el asesino lo haya tirado en algún sitio. El señor de palacio va á hacer registrar el pozo.

— ¿Y á mí es á quien acusan de tan hermoso crimen? interrumpió Gilillo, que por fin comprendía.

— Sí, del asesinato y de todo lo demás.

El Rey le espera á usted para enviarlo á la cárcel. Hasta decía el señor de palacio que, para usted, habría que restablecer los suplicios y quemarlo vivo en una pira.

— Un remedo de Servet, para distraerse un poco...

Gilillo se levantó y tomó una actitud dramática :

— Pues bien, Rosina, ¿ no sabes qué cosa es el valor? El héroe antiguo, el audaz caballero, el indomable paladín, ¡ el león, el león! ¿ no sabes lo que es el león?

Sacudió su melena, golpeó su pecho y lanzó un rugido que le desgarró la garganta.

— ¿ Qué es lo que va usted a hacer? preguntó Rosina aterrorizada.

— Defenderme en persona. ¡ Voy á la alquería!

— ¡ Lo asarán á usted! No, no le dejaré ir...

Gilillo la abrazó con fingida pasión; luego, echándose bruscamente hacia atrás, le dijo con voz palpitante :

— ¡ Acuérdate, acuérdate mientras vivas, de que has tenido en tus brazos a un hombre para quien la muerte no es más que una palabra!.... ¡ Adiós!

Mientras Rosina se desmayaba sobre la hierba, Gilillo se alejó con paso ligero, encendió un cigarrillo y se puso á componer un segundo soneto sobre el sector celeste que le interesaba.

Ya no se trataba de carro ni de abanico : el astro central se convirtió en ojo de pavo real, y los otros ocho en remate del penacho; luego, el penacho se posó sobre la frente de una mujer; la cabellera se agrandó, se convirtió en pestañas, y millones de perlas nadaban en ellas.



IV

CÓMO SE PRESENTÓ GILILLO AL REY, Y
QUÉ PALABRAS FUERON PRONUNCIADAS
EN PRO Y EN CONTRA DE SU BUENA
CAUSA.

Ipsa tulit camisia :
Die Beyn die waren weiss,
Fecerunt mirabilia
Da niemand nicht umb weiss;
Und da das Spiel gespleet war
Ambo surrexerunt :
Da ging ein jeglich seinen Weg
Et nunquam revererunt.

*Canción popular alemana. —
Siglo XVI.*

Gilillo no se llegó inmediatamente al Rey.

Entró en las cuadras por una ventana, por miedo á que estuvieran acechando su entrada por la puerta principal, y se fué á acariciar la nariz de la zebra Himera, que demostró á su manera su alegría por aquella atención.

Al ver que el pobre animal se agitaba ante un pesebre vacío, retiró Gilillo toda la paja fresca y bien oliente que acababan de poner en el pesebre de Kosmon, y con

suma sencillez la hizo pasar de izquierda á derecha.

Aquel Kosmon le exasperaba; el pobre animal pagó caro, aquella noche, el pertenecer á un hugonote. No se contentó el paje con privarlo de comida : descolgó unas tijeras de esquila y cortó todas las crines de la cola, quedando así un miserable muñón priápico y mal rasurado; esquiló casi toda la crin del cuello y de la cabeza, dejando colgar á trechos algunas pobres cerdas; luego, con los utensilios que empleaban en la alquería para marcar á los animales, compuso é imprimió sobre la descolorida capa del penco la cifra 1572 (1), pensando que el parpaliote vería en ello burla, afrenta y amenaza.

Satisfecho por los estigmas con que había adornado el pedestal vivo del señor Taxis, Gilillo siguió el largo pasillo que conducía al cuarto del pan.

Según Rosina le había dicho, la infortunada Diana la Copetuda, en aquella harinosa cárcel, gemía casi sobre la

1. Alusión al *Degüello de la San Bartolomé*, efectuado en la noche del 23-24 de agosto de 1572. (N. del T.)

pasta húmeda. No la conocía, pues los pajes, por razones que es inútil exponer, no solían ser admitidos á tomar té en las habitaciones de las Reinas. Mas, no bien la hubo percibido al resplandor de una bujía colocada sobre una mesita, deploró no haberle sido presentado antes de que entrara en el harén. Diana, ignorando que la acecharan dos ojos fijos detrás



de los cristales, había adoptado una actitud de interior que con gentil descuido ponía de manifiesto sus tan particulares bellezas. Descansaba á la oriental, cruzadas las manos detrás de la nuca, tendida la espalda sobre cojines, y, sin duda para tomar el fresco, después de un día tórrido, había dispuesto sus piernas en forma de losanje, con las plantas de los pies una contra otra. Así solía dormir siempre. Gilillo, aunque

colmado por recientes favores, sintió de repente que su espíritu echaba á volar hacia presunciones nuevas, y se retiró, menos para abajarlas momentáneamente que para, al contrario, meditar probabilidades de éxito inmediato y secreto.

Gentil y tan sereno como si desde una hora no le amenazaran todas las iras del poder real, entró sin llamar en la sala del trono, en donde Pausole, enrabiscado aún, terminaba una mala comida.

— ¿Tú? ¿eres tú? dijo el Rey. ¿Y te atreves á presentarte delante de mí?

Taxis, que comisqueaba en la oua punta de la mesa, se precipitó hacia la puerta para impedir toda salida; pero vió Gilillo la intención: echó él mismo la llave y se la entregó al ministro diciéndole:

— Aquí tiene usted, caballero.

Pausole, en pie, apoyando una mano sobre el mantel, alzaba la otra, acusadora:

— ¿Tú aquí? repitió. Tu desfachatez es aún mayor que todos tus crímenes. — ¡Me haces emprender un viaje insensato, me sacas de mi palacio para meterme en este corral de alquería, y me aban-

donas durante seis horas, sin guardias, sin apoyo, sin consejos, en medio de una revolución!... Plantas á una loca á mi lado mientras estoy durmiendo, degüellas á una campesina, saqueas la alquería y despides á mis soldados para dejarme entregado al furor de la turba, á las demencias de no sé qué mujer escapada del harén, también por culpa tuya!... ¡Y en la noche de ese día abominable, de saqueo, de homicidio y de lesa-majestad, te presentas, gorra en mano, con siniestra sonrisa!... Por lo visto, contabas con no encontrarme vivo?

— Señor, contestó Gilillo, no quiero principiar por apresurarme á probar mi inocencia, pues no es de mí de quien se trata, sino de vos y de vuestro bienestar, más sagrado cien veces para mí que mi propia salvación.

Pausole recayó sobre su silla.

Con voz respetuosa y tranquila, prosiguió el paje con estas aladas palabras :

— El deseo más vivo de Vuestra Majestad es, en este momento, el descansar en buena cama. Este señor me parece no haberse ocupado de asunto tan capital. He tenido, en su lugar, la honra de hacer preparar hoy, en el castillo vecino, am-

plias habitaciones provistas de espesas cortinas y de espaciosos lechos dignos de todo punto de recibir al Rey.

Pausole alivió de una arruga, luego de dos, el fruncimiento de sus cejas.

— En segundo lugar, Vuestra Majestad no puede olvidar que ha emprendido este paseo con objeto de encontrar a S. A. la Princesa Alina y de conducirla á palacio. Sólo informes asaz vagos poseíamos acerca de tan augusto asunto. Su Alteza, « que venía de un olivar », había sido reconocida en la « posada del Gallo ». He enviado á dicho olivar los cuarenta guardias para que, si posible, recojan otras pruebas. Y yo mismo he efectuado pesquisas, en secreto absoluto, en el interior de la posada. Ya había salido de allí la Princesa, pero traigo informes sumamente preciosos : incluso una carta autógrafa. Hela aquí.

Abrió su escarcela, sacó de ella una carta y la depositó ante el Rey, cuya actitud se iba transformando á medida que el paje hablaba.

— Creí poder alejar los guardias, prosiguió Gil. Jamás los pide Vuestra Majestad y nunca los ha necesitado, de tai

manera vuestro pueblo ama á su Rey. Si ha habido hoy escándalo y trastornos, ha sido porque el señor Eunuco Mayor, cuyo único deber era el asegurar el orden en el harén, sin duda que tomó mal sus disposiciones puesto que una Reina ha podido huir con llamativo aparato, para venir aquí, no sólo á soliviantar á la gente sino á suscitar comentarios.

— ¡Caballero! gritó Taxis, le exijo á usted que pruebe...

— ¡Vamos, vamos! Deje usted hablar, dijo Pausole. Este pajecito se defiende de una acusación grave, y por cierto que no se explica mal. Quiero oírlo. Luego replicará usted : ese derecho le corresponde al fiscal; pero nuestro deber es el escuchar los argumentos de la defensa, sobre todo cuando se expresa con moderación y con franqueza, como ocurre ahora.

— Nada más tengo que decir, repuso Gilillo, á menos que Vuestra Majestad me pida detalles de mi investigación.

— No, dijo Pausole; veremos eso mañana.

— ¿Y el crimen? insistió con violencia Taxis. Bien se guarda de hablar de eso. Una lechera llamada Tirreta ha sido

degollada en su cama, á la caída de la tarde, y ha muerto á manos del paje aquí presente.

— Poco probable es eso, dijo Gilillo, pues gozaba de buena salud á las nueve de la noche. Se halla en este momento en el olivar, y los guardias (sus guardias de usted, Taxis) hacen calmar por ella sus concupiscencias en los intervalos de sus investigaciones.

— ¿Mis guardias? ¡Qué impostura!

— Vaya usted á ver : quedará usted edificado.

— ¡Eso no puede ser!

— Pues es.

— Mis guardias están casados.

— Doblemente esta noche.

— Se sobreponen á la carne.

— No me atrevía á decirlo.

— El chiste es' bajo.

— Como su actitud.

— ¿Pero la sangre? ¿la sangre derramada? ¿la sangre que todavía mancha la cama de la víctima?

— El Rey le ha dicho á usted esta mañana, caballero, que en el territorio de Trifema no se derramaba más sangre que la sangre voluptuosa de las vírgenes ó la de los pollitos.

Una risa brusca y sonora que partió del Rey probaba que Pausole estaba por completo desarmado. Entonces Gilillo, bajando los ojos, articuló esta conclusión:

— ¿No estamos en una alquería? Debe de tratarse de la sangre de un pollito.

V

EN QUE CADA UNO ES TRATADO SEGÚN
SUS VIRTUDES.

Elena. — ¡Fata-lidad! Fata-lidad! ¡Fata...
Páris. — ... li-dad!

MEILHAC y HALÉVY.

De tu defensa hago aprecio del primer punto, dijo Pausole. Me has hecho preparar habitaciones confortables y velas por mi bienestar: así obra un hombre de gobierno. Durante esta terrible jornada, comienzo á entrever que sólo tú te has dado malos ratos en todos los sentidos en que convenía obrar, y que cuantos disgustos he tenido me han ocurrido por causa de otro... ¡Cállese, Taxis, cállese! es usted horroroso é impolítico. Algebrista, tiene usted un espíritu falso; pro-

testante, lo tiene usted estrecho; eunuco, lo tiene usted envidioso. Le tengo á usted por un badulaque. Vaya usted á indemnizar al pobre dueño de esta alquería de todos los perjuicios que se le han ocasionado, y cuyo autor queda desconocido, pues nada me prueba que sean fechorías de Gilito. Además, ese asunto se ventilará en tiempo oportuno, mañana ú otro día; y desde luego principio por declarar que en nada me interesa. Ocúpese de los gastos que dejo tras de mí; acompañe usted al harén á la Reina que se ha escapado...

— ¡Oh, Señor! dijo Gilillo, ¿seréis tan cruel?

— ¿Y qué quieres que haga yo de una mujer durante un viaje secreto?

— No la humilléis. Os ama. Dejadla que os siga en silencio.

— Hace un rato, tú mismo deplorabas que hubiese venido...

— Siento que haya podido huir, trastornando así vuestras horas de reposo; pero, ya está hecho. Hay que aceptarla, aunque sólo fuera para imponer silencio á los burlones.

— Hoy no está de turno la Reina Diana. interrumpió Taxis. Me opongo á toco